

Frantz Fanon, colonialismo y postcolonialismo*

Pierre Bouvier

A lo largo de su trayectoria personal y de sus escritos, Frantz Fanon se vio enfrentado, en tanto que ciudadano francés de las Antillas y, después, de manera más directa, como portavoz de los países en vías de independencia, con la cuestión colonial y postcolonial. Los procesos coloniales han tomado acentos diferentes en virtud de épocas y contextos. A partir del siglo XV, la transición desde los anteriores estatus en los territorios colonizados —imperios, reinos, clanes, etc.— se efectuó no sin choques violentos y siguiendo una lógica casi predeterminada. Las potencias coloniales ensamblaron o separaron a los pueblos conquistados siguiendo lo que les parecía corresponder mejor a sus propios intereses en el marco de sus conquistas y de la administración de éstas. Las fronteras físicas y las poblaciones reagrupadas marcarán, bajo fórmulas antiguas o iniciadas por el colonizador, una topografía política y geográfica que tejerá el mapa de esos territorios que los imperios europeos se habían apropiado por medio de las armas y de la diplomacia. Sucesivos repartos proporcionarán firmas en blanco a esas apropiaciones, y los tratados sancionarán y codificarán las tutelas, como por ejemplo ocurrirá con motivo de la conferencia de Berlín de 1885, que marcó el reparto del continente africano.

Con anterioridad, las tomas de posesión de las Américas habían conocido una fortuna idéntica en cuanto a expolios y segregaciones, cuando no al exterminio de las poblaciones originales. Avanzadilla de las conquistas, el mar Caribe no escapó a ese destino. Españoles, franceses, ingleses y holandeses se disputaron sus islas y procedieron, una vez “solventadas” las cuestiones indígenas, a la implantación de sus propias poblaciones. A falta de fuerza de trabajo, iniciaron la trata y el transbordo forzado de hombres y mujeres desde las costas de África hasta este archipiélago. Estas islas, o al menos muchas de ellas, pueden por tanto ser consideradas como *terra nullius*, es decir, que no dependieron de una autoridad autóctona creíble que sancionara los títulos de propiedad. Constituidas en colonias, eran consideradas como dependientes de su metrópoli, a la que se ligaban de un modo u otro sin permitir el planteamiento de la cuestión nacional.

En el caso de las Antillas francesas, su identidad dependía de haber sido esencialmente una colonia de repoblación. Tras la eliminación de los autóctonos, a los colonos europeos se añadieron gentes provenientes de África y después de Asia, teniendo los africanos que sufrir durante siglos el estatuto de esclavos sumisos a la dominación de los amos en el marco de la explotación de las islas.

* Traducción del francés de Gabriel Cabello.

Cuando, como continuación de los elementos aportados por la revolución de 1789, por la primera abolición de la esclavitud en 1794 y, más aún, por el rechazo de la tutela colonial por los haitianos, Santo Domingo se independice en el año 1804, la cuestión colonial se inscribirá en el calendario de los caribeños. En 1848, la abolición de la esclavitud marcará una evolución fundamental en las Antillas francesas. Estas “viejas colonias” no dejarán de permanecer en estrecha dependencia de la metrópoli, y el estatus de ciudadano francés concedido a la población de antiguos esclavos en adelante libres promoverá una vinculación con ella no solamente económica y política, con el resultado de una ocultación relativa de la cuestión colonial, dado que el devenir de los antillanos se inscribirá en el pacto republicano que estipulaba su libertad y, a priori, una igualdad de trato garantizada por la Nación soberana: la República francesa.

Los ascendientes de Frantz Fanon provenían de esta situación. En ella, la cuestión nacional no planteaba un verdadero problema, ya que las disposiciones propias de las viejas colonias permitían la emergencia y la ascensión social, que era limitada pero sin embargo efectiva, de ciertos descendientes de esclavos. Es en ese contexto donde se desarrolla la personalidad del joven Frantz Fanon. Fanon nació en 1925 entre la pequeña burguesía *foyalaise* (de Fort-de France, antiguo Fort Royal), en una pequeña ciudad de menos de 50.000 habitantes que antes de la Segunda Guerra Mundial se había erigido como cabeza administrativa y capital simbólica de Martinica tras haber destronado a San Pedro, devastada en 1902 por la erupción volcánica del Monte Pelée. Durante unos diez años se sentará en las bancas del mismo colegio que su conciudadano y “hermano mayor” Aimé Césaire, igualmente una personalidad emblemática de la lucha contra el colonialismo. Sin embargo, la cuestión identitaria se plantea de un modo diferente en ellos, a pesar de que los orígenes de ambos dependan de un mismo contexto histórico: el de la trata, transbordo e implantación, por los europeos, de hombres y mujeres originarios de las costas africanas. La identificación fuerte de los valores de un continente se convierte en el nuevo horizonte al que postular y, consciente desde su edad más joven de los traumatismos antillanos, Césaire los ligará a los condicionantes históricos que han forjado la identidad de esta población de color y asegurado la dominación de los europeos.

En un primer momento, el joven Fanon no pondrá en duda este marco. Como él ha analizado de modo notable en su *Piel negra, máscaras blancas*, publicado en 1952, la asimilación aparentemente objetiva que parecía posible antes de la Segunda Guerra Mundial, en los tiempos de su primera adolescencia, la de la beguina y el duduismo, baile y literatura testigos de una relativa tranquilidad, fue puesta en cuestión con estos acontecimientos trágicos. El abierto racismo de las tropas pétainistas, que ocuparon durante casi cuatro años La Martinica, y las relaciones jerárquicas en la armada francesa de la que él formó parte enrolándose y participando manu militari en la liberación de la madre patria, relaciones donde el negro, sobre todo si formaba parte de los contingentes originarios de África del Oeste, no tenía el mismo estatus que el blanco, concurrieron para volver a poner en cuestión una identidad más o menos calcada sobre los valores de la metrópoli. El reconocimiento de sus cualidades, traducido por la defensa y obtención de un doctorado de medicina en una de las grandes facultades francesas y, después, el ejercicio de su profesión en diversos centros hospitalarios participaron, en cualquier caso, de una identificación más individual que la inmersión en una historia colectiva.

Confrontado al racismo en Francia, el ciudadano Fanon comienza sin embargo a dudar de la validez de la identidad que le ha sido asignada. Las ventajas económicas

obtenidas en términos de nivel de vida, a pesar de la importante y recurrente tasa de paro, anestesiaron perspectivas más abiertas como, por ejemplo, la de la posibilidad de que los propios antillanos se hicieran cargo de esos territorios. La cuestión nacional será tanto menos evidente en la medida en que los partidos de izquierda, con la Liberación, ocuparán un lugar consecuente no solamente en la metrópoli, sino que estarán igualmente bien implantados en Martinica, en particular bajo la batuta de Aimé Césaire y del Partido Comunista. ¿Cómo conviene entonces abordar esta nueva era? Al cuestionar de manera patente las disposiciones anteriores, la nueva situación cuestionará a aquellas que legitiman y justifican el Imperio colonial francés y, más generalmente, los territorios y las poblaciones que los europeos se han apropiado o que han puesto bajo tutela a través del mundo. Atrapado en este dilema, Césaire opta, con el apoyo de su grupo político, por un estatuto nuevo, el de la departamentalización, una demanda ya formulada de manera recurrente durante la segunda mitad del siglo XIX. El 26 de febrero de 1946, Césaire presenta un informe a la Asamblea nacional: “Señoras, señores, las proposiciones de ley que se os han presentado tienen por objetivo clasificar Martinica, Guadalupe, Réunion y la Guayana francesa propiamente dicha en departamentos franceses. Antes incluso de examinar lo bien fundado de esta clasificación, no podemos dejar de saludar todo lo que hay de emotivo en una reivindicación semejante de las viejas colonias”.¹ En su intervención, precisará que: “La integración reclamada no constituirá una improvisación. Será el desenlace normal de un proceso histórico y la conclusión lógica de una doctrina”. Establece una distinción clara entre los periodos de discriminación, bajo el Imperio o la Restauración y, en oposición, “la doctrina republicana de la integración”, de modo que las nociones de integración o de asimilación parecen así virtudes y no estigmas de desposesión de verdaderas identidades antillanas. La adopción de la ley del 19 de marzo de 1946, de la que él es ponente, hace de Martinica, Guadalupe y Guayana departamentos franceses.

La cuestión nacional ha encontrado, al menos a priori, una solución. La de dar a estos territorios la misma identidad que posee la metrópoli. El fin perseguido por los redactores del proyecto es el de una inserción en el marco francés, y particularmente el de implantar un procedimiento que permitiera a los antillanos negros o mulatos, habitantes de territorios de ultramar, obtener las mismas ventajas que los franceses de la metrópoli. La Constitución del 13 de Octubre de 1946 estipula en su prefacio: “Francia forma con los pueblos de ultra-mar una unión fundada en la igualdad de derechos y de deberes sin distinción de raza o religión”. A los administradores coloniales y al gobernador les sucederá la autoridad de los prefectos, relevos en funciones de la metrópoli.

Este contexto suscita en el estudiante Fanon no tanto la revuelta como una huida hacia adelante: el rechazo de esa negritud a la cual se le quiere asignar. Embarcado a comienzos de los cincuenta en los estudios de medicina psiquiátrica en la metrópoli, en Lyon, y trabajando como interno en hospitales, Fanon prepara la obra que dará cuenta de esta dualidad esquizofrénica de “negro-blanco”, pero igualmente, y más allá de ella, la intelectual progresista en desequilibrio entre su posición social y sus representaciones ideológicas. En *Piel negra, máscaras blancas*, que recibe una acogida calurosa de parte de la intelectualidad parisina, Fanon toma conciencia de los traumatismos que prevalecen entre sus compatriotas, divididos entre su ascendencia compuesta de víctimas de la esclavitud y su filiación a la nación francesa en tanto que ciudadanos. *Piel negra, máscaras blancas*, que se publicó en una de las editoriales más prestigiosas, Le Seuil, reflexiona sobre las diversas facetas de situaciones vividas por sus compa-

triotas y presenta de manera particularmente pertinente e innovadora actitudes cuyos aspectos y origen se trata de descubrir. Para Fanon, las ilusiones de la integración conducen a los martiniquenses a comportarse de manera neurótica. Ilustra su propósito mediante una experiencia que es la suya, la de un estudiante negro confrontado, en la metrópoli, al mundo blanco. Lo que resultaba anecdótico en las Antillas aparece en este contexto “extranjero” como resultante de una historia propia de los descendientes de los esclavos, marcados por el yugo de la servidumbre y de la inferiorización. Cuán engañosas pueden ser las apariencias alrededor de los discursos oficiales pregomando la igualdad y la fraternidad. En Martinica, el joven médico ve la expresión en el nivel del uso del lenguaje, signo de superioridad en aquel que domina “el francés de Francia”, como explica el guayanés León Gontran Damas en uno de sus poemas. Las relaciones interpersonales entre hombres y mujeres de color distinto serán igualmente ocasiones de malentendido, cuando no de estigmatización. Para dirigir bien sus análisis, Fanon se apoya en un arco muy amplio de autores. Sus conocimientos y sus capacidades de síntesis conciernen a las obras de psicología, de sociología, de psicoanálisis y de literatura. Hace referencia tanto al Aimé Césaire del *Discurso sobre el colonialismo* como al Jean-Paul Sartre de *El Orfeo negro*, al Hegel de la *Fenomenología del espíritu* o al Alfred Adler de *El temperamento nervioso*. Él conjuga estos aportes con novelas o historias autobiográficas, aquellas de Mayotte Capécia, *Yo soy martiniqués*, o de René Maran, *Un hombre parecido a los otros*. Apoyándose sobre nociones tales como la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo o como sobre la noción sartriana de la responsabilidad, disecciona la experiencia vivida de negro y la búsqueda encarnizada de un reconocimiento. Haciendo así, critica severamente las tesis que tienden a inscribir los comportamientos de dominación en el orden natural de la interacción entre culturas, los dominados, en este caso los colonizados, buscando la protección del colonizador, tesis avanzada por Octave Mannoni y de la que Frantz Fanon, al igual que Aimé Césaire, mostrarán la inanidad y los sobreentendidos políticos. El autor de *Piel negra, máscaras blancas*, gustará de pasar por alto las escorias de la historia para poder imaginar, sino encaminarse hacia, un mundo donde el blanco y el negro se darán la mano. Esta fraternidad, esta voluntad de “comprender y amar”, Fanon la busca más allá de las divisiones de color, más allá del racismo que impregna de manera explícita o más a menudo de modo latente los intercambios y los encuentros.

Una carrera científica, o literaria, se abre ante el joven médico. La ambigüedad misma de este reconocimiento que se refiere al escrito y no al desgarramiento ontológico del “negro-blanco” solicita una ruptura, y el proyecto de Fanon no trascenderá la sociología clínica para fundarse en una visión antropológica del devenir del hombre. Participa en el primer Congreso internacional de Escritores y Artistas negros² y su intervención denuncia el pretendido respeto, en régimen colonial, “de la cultura de las poblaciones autóctonas”. Fanon le opone el necesario aunque ambivalente retorno al pasado, “condición y fuente de libertad”, un momento de reinstauración, una prueba de diálogo interior, universal, entre culturas liberadas sin por ello suscribir las tesis de la negritud defendidas por Aimé Césaire y Léopold Sedar Senghor. Fanon, en sus primeros trabajos, evoca poco la cuestión nacional atrapada entre integración y autonomía. Médico salido de las facultades metropolitanas, se considera un francés, pero no por ello dejará de buscar una vía que le permita superar las aberraciones dolorosas del racismo a que se ve enfrentado. En *Piel negra, máscaras blancas*, denuncia el mimetismo de sus compatriotas, la asimilación que los viste de máscaras mientras que su

realidad es otra, la de hombres y mujeres negros cuyos mayores no provienen de Europa sino de África, de la trata y de la esclavitud.

Sucesivas fases marcan este camino hacia una implicación cada vez más radical. Ya en un primer momento, tuvo contacto y frecuentó, en tanto que médico, a trabajadores magrebíes cuidados en los hospitales de provincia, en Lyon y en otros lugares, lo que suscitó su comprensión de las dificultades encontradas por los asalariados que habían cambiado su suelo natal por una tierra y unas poblaciones de las que no conocían ni la lengua ni las costumbres. En este contexto, el trabajador magrebí, en su mayoría argelino, no puede sino experimentar tensiones tanto morales como fisiológicas, síntomas de su malestar: “Sin familia, sin amor, sin relaciones humanas, sin comunión con la colectividad, el primer reencuentro consigo mismo se hará de un modo neurótico, de un modo patológico, se sentirá vacío, sin vida, en cuerpo a cuerpo con la muerte, una muerte más acá de la muerte, una muerte en vida, y no hay nada más patético que este hombre de músculos robustos que nos dice con una voz realmente rota: ‘Doctor, voy a morir’”.³

Estos contactos contribuirán a la decisión de Fanon de aceptar un puesto disponible en el hospital psiquiátrico de la ciudad de Blida, en Argelia. Había solicitado, sin éxito, Dakar, pero finalmente la situación argelina presentará la ventaja de poner en relaciones antagónicas a colonizados y colonizadores sin las máscaras ilusorias que prevalecían en las Antillas y que él ha sabido poner a descubierto. La Argelia árabe y kabil representa una masa demográfica, culturas y religiones ineludibles, ante las cuales resulta difícil imponer subrepticia, si no radicalmente, valores que son extranjeros, como los del aparato colonial.

Adepto de la psicoterapia enseñada por el doctor Tosquelles en la clínica de Saint Alban donde Fanon ha trabajado antes de su partida, en Blida tendrá que componérselas con una escena social más que tormentosa. Fanon reencuentra parcialmente rasgos propios de la situación colonial en los departamentos franceses de Argelia, donde sus pacientes serán tanto argelinos como europeos, colonos de larga duración, y será armado con estos datos, críticas e interrogaciones anteriores como ejercerá allí durante varios años. El contexto argelino no es aquel de las pequeñas Antillas. Estas tierras están habitadas por una población más que coherente, que posee una historia, lengua, religión y estructuras administrativas forjadas en la larga duración. Por esas mismas razones, la cuestión nacional, la de la autonomía y la independencia, estarán en el centro de los debates de los argelinos, donde la presencia francesa es más reciente que en las Antillas. En noviembre de 1954, el estallido de la guerra de liberación añade a los pacientes del psiquiatra tanto guerrilleros del Frente de Liberación Nacional como militares franceses. Del conflicto armado y las violencias que suscita no escapa nadie, ni víctimas ni torturadores.

Con la presencia de la guerra, que llega cerca de un año después que Fanon, los cuidados que a raíz de ella prodigarán a colonos, soldados, campesinos y combatientes, y los encuentros y los contactos que así establece le permitirán escribir *Sociología de una revolución, el año V de la revolución argelina*. Allí analiza las conmociones que la insurrección suscita tanto en las relaciones familiares, con la puesta en cuestión del patriarcado, como en el reparto de roles entre sexos y la llegada de la autonomía de los jóvenes y las mujeres. Con su inserción en tanto que médico-jefe en el hospital de Blida Fanon irá progresivamente implicando en un proceso identificador que lo aproxima a la lucha efectiva llevada a cabo por los pueblos contra el colonialismo.

Esta situación de psiquiatra entre pacientes diversos y opuestos se convertirá en intolerable para las convicciones deontológicas y políticas del médico antillano. El descendiente de la esclavitud, el antillano negro, deberá escoger entre una implicación que permanecía en el interior del sistema de la metrópoli y de sus dependencias o, al contrario, enfrentar y, concretamente, asociarse a luchas que han aparecido como útil de liberación de las tutelas y de las neurosis que determina el estatuto de dominado en la planificación colonial. Es esta última alternativa poscolonial la que él escogerá. Para Fanon, es el incumplimiento de los ideales republicanos y, más completamente, la situación de guerra en el espacio de la Argelia colonial lo que le conduce a rechazar colaborar más tiempo en una situación que no corresponde ni a sus expectativas ni a su sentido de la ética existencial y social.

De hecho esta cuestión traída por la guerra de independencia atraparán a Fanon y alimentará numerosas de sus reflexiones en *El año V de la revolución argelina...* Se implicará abiertamente desde su llegada a Túnez en 1957 con el Frente de Liberación argelino sin abandonar su actividad de médico y de militante. No le quedan más que algunos años de vida, pero van a ser más que activos: será un médico que trate a los refugiados argelinos en los hospitales de Túnez y un periodista y colaborador de *El Moudjahid* (El combatiente), órgano central de prensa del Frente de Liberación Nacional (FLN). Además, y simultáneamente, deviene consejero, emisario en Mali, en Egipto, en Etiopía, en Congo, etc., y después embajador en Ghana ante Nkruman, presidente de un país recientemente liberado de la tutela británica. Las circunstancias históricas y políticas reclamarán sus reflexiones. Las presenta en *Los condenados de la tierra*, publicado meses antes de su muerte en 1961 con un prefacio de Jean-Paul Sartre. Esta "biblia" del tercermundismo destaca la necesidad el recurso a la violencia, respuesta a esa otra violencia, de larga duración, que ejerce el colonizador, y medio, para Fanon, de despertar los espíritus. Y ello siempre en relación con las culturas nacionales, con sus riquezas y potencialidades muy a menudo ignoradas o estigmatizadas. Las luchas de liberación exigen para Fanon un desinterés personal de los protagonistas, un recurso a la decisión democrática, una desconfianza de cara a aquellos que se disponen a revestir los hábitos de los viejos maestros. Intelectuales e igualmente artistas poseen un rol significativo que jugar en la construcción de las nuevas naciones que debían emerger de los procesos de descolonización.

Además, en *Los condenados de la tierra* analiza las tentaciones del postcolonialismo tal y como comienza a instaurarse en las antiguas colonias europeas, en particular en África. Los días que siguen a las independencias no parecen responder a las expectativas de Fanon, cuyos análisis se quieren el reflejo de las aspiraciones del pueblo en lucha. La cuestión nacional retorna de manera abrupta al constatar Fanon que las naciones que surgen de la dominación colonial reproducen para muchos las condiciones anteriores de explotación de las riquezas en beneficio de las minorías más o menos autoproclamadas. Las naciones son confiscadas por sus burguesías, "pequeñas castas de dientes largos" que se hacen de precursoras de un postcolonialismo más próximo del modelo precedente, el de una tutela reconducida, que del de una liberación y una emancipación de las poblaciones. La toma de poder del líder carismático y autocrático y la instauración de un partido único, que contribuyen a acallar las aspiraciones populares mayoritarias, serán aquello contra lo que se rebele Fanon, en un análisis que sigue siendo de actualidad, cincuenta años después de su muerte y cincuenta años después del acceso a la independencia de muchas antiguas colonias.

Confrontado a estas tendencias, Fanon llamará a la creación de una estructura mayor que la heredada de la colonización y de sus fronteras. La Unidad Africana podría, le parece, remediar esas evoluciones puramente nacionalistas y autocentradas que benefician a las burguesías locales, y es en este sentido en el que trabajará en tanto que representante del gobierno provisional de la república argelina ante los pueblos y gobiernos surgidos de las independencias: “Decidamos no imitar a Europa... Tratemos de inventar el hombre total que Europa ha sido incapaz de hacer triunfar... Queremos caminar todo el tiempo, noche y día, en compañía del hombre, de todos los hombres”.⁴

Y así este antillano continúa, a día de hoy, suscitando la atención de aquellos que, en número creciente, voluntaria o involuntariamente, se enfrentan a situaciones de dominación, de mestizaje, de multiculturalismo, ya sea en las exmetrópolis o en los antiguos territorios colonizados.⁵

NOTAS

1. Aimé Césaire en Ernest Moutoussamy, *Aimé Césaire, Député à l'Assemblée nationale 1945-1993*, París, Harmattan, 1993, p. 17.

2. F. Fanon, “Racisme et culture”, 1.º Congrès International des Ecrivains et Artistes Noirs, París, Sorbonne, 1956, *Présence africaine*, n.º 8-10, 1956.

3. F. Fanon, “Le syndrome nord-africain”, en *Pour la révolution africaine, écrits politiques*, París, La Découverte, 2001, p. 22.

4. F. Fanon, *Les damnés de la terre*, París, Maspéro, 1961.

5. P. Bouvier, *Aimé Césaire, Frantz Fanon, portraits de décolonisés*, París, Les Belles Lettres, 2010.